

bido principalmente al irresistible poder de su dialéctica. Gustamos ver la naturaleza reflejada en la imaginación por el feliz empleo del colorido y la forma; y dejando en su lugar los significados históricos y los objetos, las leyes de la belleza colocan en cierto paralelismo las obras mitológicas y las cristianas, para valerlos aquí de los últimos extremos. Admiramos el movimiento dramático de una imagen bien formada en la pintura que San Ambrosio nos hace del crimen ejecutado por Herodes en la cabeza del Bautista, como vemos estremecerse las paredes del senado, ó á Marco Antonio fastidiar con su afeminación, ó animarse contra el crimen hasta los mismos túmulos albanos bajo el pincel inimitable de M. Tulio. Nos roba los éxtasis una pluma que cae de los dedos de César á la voz del defensor de Ligario, como un pueblo numeroso que se agolpa al púlpito de una Iglesia para librarse de los horrores del juicio final, enérgicamente pintado por el incomparable Massillon. Si nos mostramos dóciles á la inspiración de Bossuet, para admirar *genios llorando al rededor de un sepulcro, y columnas soberbias que parecen querer llevar hasta los cielos el magnífico testimonio de nuestra nada*; también pagamos el debido tributo al honor, la dignidad, el rango, la belleza de un pueblo que parece salir de sus quicios para conducir sobre sus hombros, en la persona de Ciceron, al ilustre proscrito, al padre de la patria. La crítica del gusto establecerá sus diferencias; pero la admiración presenciará con el mismo entusiasmo el sueño de Eneas y el sueño de Atalía. Salvas las diferencias de las creencias y del género, colocamos entre los placeres de la imaginación y del sentimiento la ilustre, vasta y deplorable fecundidad del viejo Priamo, un antiguo laurel cubriendo con su sombra la familia y los penates, un Simois trasplantado á la ribera de Sicilia por la imaginación del proscrito, el amor maternal produciendo una especie de resurrección con sus recuerdos á la vista de Ascanio, y la imagen de Euridice, ó Creusa llenando los desiertos con los sentidos ecos de Orfeo y del príncipe troyano; y hacemos esto, con un transporte semejante al que nos produce el ángel del Señor arrojando del Paraíso á toda la humanidad en la persona de sus primeros moradores; el sepulcro levantándose, á la vista del moribundo que va á caer en los brazos del Dios vivo, como el

sublime pórtico de otro mundo mas bello; las memorias de Jerusalem trasplantando las maravillas de la redención á los fecundos genios de Klopstock y Lamartine, ó el Juicio y la Transfiguración rindiendo á los piés de Miguel Angel y Rafael el arrobamiento de mil viajeros ilustres, para que Fidias y Praxiteles no consiguiesen monopolizar los derechos de las bellas artes.

Nos haríamos interminables, si quisiésemos hacer aproximaciones para justificar la exactitud y verdad con que hemos establecido esa reciprocidad extrínseca de bellezas que nos presentan en su cuadro comparativo ambas literaturas. Léjos pues de levantar ningun valladar entre una y otra, quisiéramos ver siempre los frutos sociales, por explicarnos así, de esa comunidad en que viven relativamente al raciocinio, á la imaginación, al sentimiento y al estilo, cuando pasamos nuestra vista por las producciones de los oradores y de los poetas. Si sorprendemos á Demóstenes en los Crisóstomos, á Tulio en los Agustinos, á Tácito en los Bossuet, á Homero en Fenelon, á Lucrecio en Polignac, su ilustre vencedor. á Píndaro en D. Fernando de Herrera, á Tibulo y Propercio en Villegas, á Horacio en D. Francisco de Rioja, y hasta en nuestros himnos sagrados; no sabemos con qué pudieran excusarse de manejar estos modelos perdurables de perfección de estilo, aquellos que consagran su talento á cualquiera de los ramos de la literatura sagrada; ni qué pudiera justificar tampoco ese orgulloso y rústico desden con que algunos escritores á la moda ven ó afectan mirar los dechados perfectísimos que con tanto provecho han estudiado en las obras del talento y del genio inspirados por la religion aun los mismos que se limitan al género profano. *Alegróse sobre manera Herodes de ver á Jesus. . . . por las muchas cosas que habia oido decir de él, y esperaba presenciar uno de sus milagros,* (1) como Voltaire tenia sobre su bufete la *pequeña cuaresma* de Massillon, para recrearse en sus ocios con las bellezas oratorias de tan insigne maestro. La suerte del magistrado gentil y del filósofo incrédulo pusieron á clara luz su curiosidad sacrílega; mas los hechos han quedado en pié para justificar en cualquiera género, que la virtud, el talento y el genio tienen derechos incon-

(1) Luc. Cap. XXIII, v. 11.

testables aun entre sus mismos enemigos. ¿Qué dirémos, cuando escribiendo en los tiempos modernos, estamos en el caso de llamar la crítica al exámen de una importante cuestion, la de la prioridad histórica, filosófica y filológica de la literatura sagrada sobre la literatura profana?

III.

Si quisieramos llevar nuestras investigaciones históricas hasta la infancia del espíritu humano, no seria difícil tal vez traer desde el pensamiento divino los primeros arranques del genio, é inocular en la revelacion verbal ó escrita, digámoslo así, los comunes orígenes de ambas literaturas. Muchas luces nos darian los restos mutilados de la lei natural, esas oscuras tradiciones de Babel, esa filología histórica, esa mitología pagana, esa divinacion filosófica que han pretendido descubrir los inteligentes en el talento de Pitágoras, Sócrates y Platon: aquellas iniciaciones egipcias, aquellas sombras que encubrian misteriosamente los talleres de la impostura en los clubs del sacerdocio gentilico, para descubrir en todo y por todo, haciendo el particular estudio de la literatura pagana, un sello desfigurado de la Biblia y de las tradiciones judías, como el anticuario al explotar para la historia los medallones gastados, las desfiguradas estatuas, los ya casi borrados vestigios de los antiguos usos bajo los subterráneos inmensos de Herculano y de Pompeya. Mas no pudiendo resistir al espíritu de nuestra época, tan inflexible contra estas especulaciones remotas, y tan severa en ese código que ha impuesto á todos los escritores la lei de lo *positivo*, nos reduciremos aquí á los tiempos modernos, para demostrar que la literatura sagrada tiene sobre la profana una primacia total, atendido por supuesto el pensamiento que domina en todos los ramos de la palabra, tratándose de nuestra era. Consideremos pues la cuestion en sus relaciones históricas, oratorias y poéticas, y examinémos en seguida, para concluir, esta refusion social de la moral religiosa y de la filosofía política en la elocuencia moderna.

Si las lenguas constituyen el resumen de las ideas, de los conocimientos, y por tanto, de la literatura de un pueblo, el influjo del cristianismo en la sociedad moderna nos da

bastante apoyo para reconocer igualmente su primado en la literatura. Manifiéstase este primado en cualquiera sentido que se busque, ya recorramos la historia de los idiomas modernos, ya indagemos el origen del carácter nuevo que presenta la elocuencia parlamentaria, ya vengamos por último á considerar esa trasformacion sublime que ha recibido la poesia bajo la accion del genio inspirado por la fe.

El influjo de la literatura sagrada sobre el lenguaje se hace mas que visible principalmente en dos cosas, en el orden moral y religioso considerados en sus relaciones con el arte de la palabra. El catolicismo ha dado á los tiempos modernos un dialecto moral y religioso que no heredaron de los tiempos antiguos, y extendiendo el dominio de la palabra en la misma proporcion con que ha dilatado el horizonte de la imaginacion y del sentimiento, ha reformado, es poco, ha creado la filosofia de las lenguas, que ántes parecia desfallecer en las heladas fórmulas de las escuelas antiguas.

Llámesese á la revision la ideología de las palabras en el orden religioso, moral y aun político; tráiganse al paralelo en los mismos géneros todos los idiomas antiguos: ¡qué trasformacion tan maravillosa! Sábase mui bien, que no escaseaban en los vocabularios griegos y romanos las muchas voces archivadas hoi en las bibliotecas católicas; pero sus atributos morales y religiosos han cambiado. En los tiempos antiguos las lenguas tenian aprisionadas las ideas, por decirlo así; mas el cristianismo ha producido en los tiempos modernos un fenómeno único en la historia, el de las ideas católicas haciendo la conquista de la palabra gentilica, trayéndola primero á una brillante esclavitud, para sacarla despues de entre los escombros de las sociedades antiguas á dominar como reina sobre los mas cultos idiomas de nuestra era. Llámense lenguas muertas las que habian servido de intérpretes á las inspiraciones sublimes y tiernas de Homero y de Virgilio. Pero, muertas para el siglo, han recibido en la Iglesia, con la vida de la religion, el rango de los dogmas y la inmortalidad de la fe. No podian quedar en el sepulcro las lenguas que hablaban los padres de la Iglesia: nunca pueden perder su esplendor esos idiomas que abren y cierran la marcha de las escuelas católicas. El cambiamiento ideológico de las lenguas antiguas, probará, si se quiere, que los antiguos no sabian lo

que hablaban; mas en honor de tan esclarecidos ingenios, resolvámonos mejor á decir, que ellas cambiaron de atributo bajo la accion restauradora del cristianismo; y no se considere humillada la literatura profana con ocupar el segundo rango en la primacia histórica de la palabra moderna.

¿Qué dirémos de la elocuencia parlamentaria? Girando en una atmósfera mas tranquila, por decirlo así, pasea su vuelo por una region mas clara, y si ya no puede luchar pecho á pecho contra las pasiones indómitas, es porque ha sorprendido el secreto de encadenarlas entre la verdad y la lei. Entre los antiguos la lei parecia salir del orador á las turbas, y al contrario; entre los modernos es una deidad que reina sin contradiccion sobre los oradores y los pueblos. Despojando á las pasiones de su terrible derecho de defenderse por sí mismas, ha garantido la virtud, que en los antiguos debates del foro y la tribuna quedaba estropeada cuando ménos en el conflicto de los sentimientos, ó encubierta bajo el impostor colorido de una imaginacion extraviada. Nuestros oradores modernos han ganado en la lógica cuanto han perdido en la fantasía, y siendo ménos vehementes, son mas estrechos, mas irresistibles; sus triunfos son mas duraderos y mas universales. Las pasiones dominantes en la tribuna ó en el foro probarán siempre, por mucho que se diga, el atraso de la civilizacion, la esterilidad de la filosofía, la escasez de la moral, y sobre todo, la imperfeccion de las leyes: son los agentes de los sentidos, miéntras la demostracion representa los atributos del espíritu, y figura como el ministro de la verdad. Mas para formular la elocuencia parlamentaria en la verdad y en la lei, era preciso rendir las masas á la fe y á la civilizacion; era preciso formular los códigos de las naciones en una voluntad superior á todos ellos, contar con un idioma universal que pusiese de acuerdo sobre los fundamentos de la legislacion á todos los pueblos de la tierra. He aquí el catolicismo creando y ennobleciendo la elocuencia parlamentaria de la sociedad moderna. Podriamos hablar de los concilios estableciendo en cada sociedad una discusion metódica que no conocieron los antiguos; mas pasamos por alto estas consideraciones, para no discurrir en especie sobre los sistemas varios en que se ha venido formulando esta unidad oratoria de las tribunas profanas. La idea re-

ligiosa y la política se han refundido en la moral de los gobiernos, en las costumbres de las naciones, en el derecho internacional de los Estados, en la marcha gradual y progresiva de la civilizacion, y en la inmensa economía de todos los pueblos donde ha podido penetrar la luz del cristianismo.

¿Qué dirémos de la poesía? Debe á la literatura sagrada cuatro eminentes atributos que la encumbran á una region mui alta respecto de los antiguos. Pero sin querer, nos encontramos ya en la última de nuestras cuestiones, que reducirémos á este solo punto, para no repetirnos, como seria indispensable, si nos propusiésemos extender la comparacion hasta la elocuencia, ó divagar la idea por el teatro de la didáctica, de la filosofía, de la historia y de todos los otros ramos que en un sentido lato se comprenden bajo el nombre genérico de *literatura*.

IV.

Influye pues la literatura sagrada sobre la poesía profana, como acabamos de insinuar, dándola primero mas verdad; segundo, mayor inspiracion; tercero, mas dignidad y nobleza; cuarto y último, mayor universalidad.

Sábase mui bien que los antiguos no conocieron el género descriptivo, sino como unos pequeños destellos que brillaban aquí ó allá entre los pormenores de los otros géneros. ¿Con qué contaban pues para estos? En defecto de la verdad, tenian que apelar á la verosimilitud; pero esta quedó hundida entre los escombros de la mitología. El hecho es, que si las producciones poéticas de los antiguos, tuvieron sus brillantes parodias mitológicas despues del renacimiento de las letras; el criterio de hoi, aun viniendo al género erótico, las ha colocado como partidas en contra del eminente mérito de los poetas de nuestros siglos de oro. Como esos bellos cuadros que adornan los museos de la Europa, la mayor parte de las producciones de la antigüedad poética viven por el colorido y la forma; mas nunca saldrán del sepulcro en que las hubo puesto la muerte de su verosimilitud. Lo maravilloso, este resorte que manejaban con tanto primor los poetas épicos, líricos y dramáticos, acabó ya para

la inteligencia de nuestros siglos modernos, quedando sustituido con nuestros misterios religiosos, que dan á la inspiracion los velos sublimes de la fe, al interes los arranques atrevidos de la esperanza, y á los sentimientos los inflamados ecos del amor divino.

Dios, el hombre y la naturaleza; he aquí el asunto universal de toda literatura, y por consiguiente, el fondo de la poesía. Dios, como le representaba la mitología pagana, era la personificacion del error y la impostura en la metafísica y en la teología. El hombre no se conocia á sí mismo; tampoco era pues conocido del hombre. Cegada estaba la fuente de los conocimientos, perdida en todo la filiacion de las virtudes: los caracteres eran tan confusos, como los elementos morales de la sociedad. En cuanto á la naturaleza, parecia padecer un eclipse continuo, aunque no total. Trayendo á sus bosques, á sus mares, á sus rios, distribuyendo entre los astros mil deidades caprichosas, retiraron de la creacion ese pensamiento visible que se revela en su conjunto sublime, ese agente misterioso que se anuncia con tanta elevacion y belleza en su inagotable fecundidad. Pero sobre todo ¡qué multitud de errores acerca de los fenómenos, acerca de los objetos, acerca del pasado y del porvenir del mundo físico! El caos habia vuelto á cubrir para la inteligencia lo que el hecho estaba presentando de continuo á los sentidos. He aquí el fondo de la poesía pagana. Como no se habia perdido enteramente la luz, sorprendemos aun varios aspectos de la verdad en las pinturas, en los movimientos y en las inspiraciones morales; y nótese que la poesía lírica no pudo salir de la esfera de lo puramente exterior, ó de las pasiones desfogadas, sino hasta que el amigo de Mecenas, la presentó en el teatro, digámoslo así, inspirada por la filosofía, como el cantor de Troya destruida reasumió en cuatro versos de su Eneida, la revolucion artística que habian hecho las ciencias en los destinos de la poesía. (1)

En vista de todo esto, fácil es concebir cómo la poesía an-

(1) Véanse las primeras notas colocadas por Delille al fin del libro 1.º de la Eneida. En ellas se verá cómo, á pesar del grande interes con que contemplaba el poeta latino los sublimes poemas de Homero, su genio habia pagado ya todo el tributo al espíritu filosófico de su siglo.

tigua se resentia siempre de la falta de verdad consiguiente á la de una revelacion incuestionable. Ella, como todas las artes, se afectaba de los progresos de las ciencias, seguia la marcha de la filosofía, y se incorporaba toda, por que esto era preciso, en el gran movimiento de la sociedad. El cristianismo, que sacó del caos á una nueva luz á toda la razon humana, que renovó por el aspecto de la inteligencia y de la moral toda la faz de la tierra, envolvió desde luego, como se percibe á primera vista, en tan inmensa revolucion á toda la literatura, y por consiguiente á la poesía. Y como esta revolucion vino á consumarse y á reunirse, digámoslo así, en el triunfo de la verdad sobre el error, de la moral sobre los hábitos, y de la virtud sobre las ideas extraviadas de los pueblos gentiles, visto es que la poesía sagrada lleva sobre la profana de los antiguos las ventajas inmensas de la verdad y del hecho sobre los errores y las imposturas.

Si la inspiracion es el estro sublime que saca al hombre fuera de sí mismo, ese atrevido arranque del alma que salvando los términos de mundo, se pierde en la inmensidad del espacio y del tiempo, esa tendencia del genio hácia lo misterioso, que le impele de continuo hasta los abismos insondables de lo infinito, ¿quién podrá desconocer su verdadera fuente en este pensamiento divino y eterno que anima las producciones inmortales de la literatura sagrada? Nace la inspiracion en el silencio ó en el conflicto de las pasiones, en la soledad del genio, entre los dardos de la conciencia, ó á la vista del porvenir. La imaginacion, la sensibilidad, la inteligencia misma son y han sido fuentes de inspiracion. Inspira la naturaleza con sus variados cuadros, el arte con sus magníficas obras, la felicidad con sus goces, y la desgracia misma con sus penas; lo pasado con sus recuerdos, lo presente con sus obstáculos, el porvenir con sus tinieblas. Todo alumbra las vigiliass del genio, todo hiere las cuerdas del corazon, todo ilumina el horizonte vasto que recorre la fantasía; todo puede sacar de los elementos activos y permanentes del mundo físico, intelectual y moral esos bellos asuntos que no tienen dechado, y parecen resistir á la imitacion. La poesía es la gran metamórfosis del mundo y del hombre. Sale de entre los objetos mas familiares, visibles y comunes, para quedar sola y única en su esfera, como una